

20/03/2016 – Diario La Capital

Ventana sobre la herencia: el docente coformador en la formación docente

Pola Bonilla modelaba barro y niños. Ella era ceramista de buena mano y maestra de escuela en los campos de Maldonado; y en los veranos ofrecía a los turistas sus cacharros y chocolate con churros. Pola adoptó a un negrito nacido en la pobreza, de los muchos que llegan al mundo sin un pan bajo el brazo, y lo crió como hijo. Cuando ella murió, él ya era hombre crecido y con oficio. Entonces los parientes de Pola le dijeron: —Entra en la casa y llévate lo que quieras. Él salió con la foto de ella bajo el brazo y se perdió en el camino.

Eduardo Galeano -Ventana sobre la herencia -Las palabras andantes (Catálogos 1993)

La práctica en terreno, también conocida como “residencia” es un momento crucial en la formación de cualquier profesional. Es el momento de contrastación de los saberes disciplinares e instrumentales construidos conjugando grandes dosis teóricas y variables componentes prácticos con la realidad social en la cual el profesional aspira a hacer valer su experticia para resignificarla e inscribirse en el tapiz cultural.

En el caso particular de la formación docente universitaria, este momento llega una vez que se ha avanzado notoriamente en la carrera, de ahí que el ingreso en la escuela para concretar las prácticas sea una instancia de fuerte impacto en la trayectoria de los docentes en formación. Esta es la ocasión en la que las instituciones formadoras concretan acuerdos con las instituciones receptoras de los practicantes, para que ellos puedan, en el marco de los mismos y de la cultura organizacional de cada escuela y con la orientación permanente de un tutor de la cátedra y la buena acogida de un docente coformador de la escuela receptora, poner en juego un proyecto de prácticas acotado en el tiempo y resolver numerosos problemas vinculados con el quehacer docente.

Si, como los profesores en formación manifiestan en las aulas, la práctica está teñida por el signo de la incertidumbre, también se nutre de una cadena de confianzas necesarias para el desarrollo de este capital social: confianza de la universidad en sus estudiantes (a los que acompaña a través de tutores durante todo el proceso de prácticas); de los estudiantes en la formación alcanzada; de las escuelas, que se abren a recibir practicantes, en la institución universitaria formadora; de los chicos y sus familias en ese docente joven que - por lo general - llega al aula con propuestas innovadoras y el entusiasmo a estrenar.

Un eslabón imprescindible de esa “cadena de confianzas” que agrega valor al capital social que constituye la renovación del profesorado es el docente coformador, quien “presta” al practicante su aula – en este caso, de Prácticas del Lenguaje o de Literatura – y sus estudiantes durante unas reglamentarias 30 horas de prácticas, y también comparte con él su experiencia en el campo, en la institución y con el grupo. De esta forma, el aula es al mismo tiempo espacio concreto y simbólico: aquél donde ocurre la interacción entre un profesional que ha hecho previamente su propio recorrido y otro en formación que, al desarrollar allí su proyecto personal, recibe de lo ya vivido la ayuda para apropiarse de las capacidades prácticas del profesor. Este tipo de acompañamiento formativo supone recibir y escuchar, ayudar a decidir y, sobre todo, caminar al lado del otro. Como un “amigo crítico”, el coformador conduce, guía, escolta, pone en escena las condiciones para que el residente problematice las situaciones que vive y descubra sus propias posibilidades. Le abre la “ventana” de su experiencia previa al invitarlo a valorarla, a desarrollarla, a enriquecerla con iniciativa y riesgo, en una experiencia personal que, sin duda, los

transformará a ambos. Como escribe Horacio González, en el Prólogo a *Una cita con los maestros*, de Laura Duschatzky: “Así entendido, el maestro es una tensión permanente y también un punto de pasaje en la cultura. Forma de una continuidad y también de un desvío, el maestro es antes que nada una parte de nuestro lenguaje que surge de una interrogación dramática. ¿Puedo conocer? ¿Puedo hacerlo en mi propio nombre? ¿Puedo ser inspirado por la vida y los ejemplos de otros?” (Duschatzky, 2008).

Carola Hermida, Claudia M. Segretin, Marinela Pionetti, Alba D. Fede
Cátedra Didáctica Especial y Práctica Docente
del Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades – UNMDP